

El encuentro con el Resucitado no es un hecho del pasado ni una certeza conquistada de una vez para siempre, sino una experiencia comunitaria, viva y sanadora que transforma el miedo en misión, la duda en confesión de fe, y las heridas en fuente de reconciliación. La figura de Tomás articula este camino: de la incredulidad solitaria a la fe comunitaria.

Se parte de la comunidad encerrada y paralizada por el miedo, pasa por el encuentro personal y transformador con el Resucitado (especialmente en la figura de Tomás), y desemboca en una comunidad enviada, reconciliada y misionera. La tensión central es entre **la fe solitaria y autosuficiente** (Tomás fuera de la comunidad) y **la fe comunitaria y confiada** (Tomás en la comunidad que confiesa "¡Señor mío y Dios mío!").

### "Señor mío y Dios mío" (Jn 20,28)

#### I. Puertas cerradas: el retrato de una comunidad paralizada

Los discípulos están encerrados. Las puertas bien trancadas, el miedo instalado, la noche en el corazón. La muerte de Jesús no solo los ha privado de su Maestro: ha roto el horizonte entero de sentido que habían construido junto a Él. Una comunidad sin misión ni apertura, replegada sobre sí misma, incapaz de acercarse al sufrimiento ajeno.

Pero Jesús toma la iniciativa. Entra —sin que nadie le abra la puerta— y se pone en medio. Esa presencia lo transforma todo: del miedo a la paz, de la oscuridad a la alegría, de las puertas cerradas al impulso misionero. "Como el Padre me envió, así también os envío yo." No les da un programa, ni instrucciones detalladas. Les da su Espíritu. Y eso es suficiente.

#### II. Tomás: la fe que debe nacer dos veces

Tomás no estaba. Ese dato, aparentemente secundario, es en realidad el núcleo teológico de la escena. La fe vivida desde el aislamiento, desde el personalismo, desde las propias condiciones y exigencias, está expuesta a una fragilidad que no puede superarse sola. "Si no meto la mano en su costado, no lo creo."

No es que la duda de Tomás sea un defecto menor. Es el retrato de una tentación profundamente humana: querer a Dios a medida, querer certezas antes que confianza, querer ver antes que creer. Y sin embargo, Jesús no lo reprueba. Se mete en sus circunstancias, le sale al encuentro en su propio terreno y lo llama por su nombre. Lo que sana la tozudez de Tomás no son las pruebas objetivas, sino la condescendencia amorosa de Jesús que se dirige personalmente a él.

Ante eso, Tomás no toca las llagas. Ve, y cree. Y su fe deja de ser puro personalismo para convertirse en comunión: "¡Señor mío y Dios mío!"

#### III. Las llagas: signos de amor, no de derrota

Las heridas de Jesús resucitado son desconcertantes. ¿Por qué las conserva? No como trofeos del sufrimiento ni como recuerdo amargo de la traición, sino como signos de amor y solidaridad: se hizo vulnerable para acompañarnos en nuestra fragilidad, y esa vulnerabilidad no desaparece con la Resurrección, sino que se transfigura.

Las llagas de Jesús rezuman luz, no amargura. Perdonar no es olvidar: es recordar de otra manera. Es llevar en la memoria los hechos dolorosos de la propia vida, pero de forma reconciliada, sin que sigan dictando el presente. Solo las personas sanadas pueden ejercer este ministerio con los demás. Solo quien ha tocado sus propias heridas en contacto con las de Cristo puede ayudar a otros a sanar las suyas.

#### IV. La paz y el perdón: dos regalos para recomenzar

Jesús se presenta sin reproches. No exige explicaciones por el abandono ni pasa factura por la cobardía. Trae dos dones que son, en realidad, uno solo: la Paz y el Perdón. La paz que no es ausencia de conflicto sino presencia de Dios en la historia; que desinstala, quita el miedo y empuja a salir. Y el Espíritu del Perdón, que —como en la creación primera— sigue generando vida nueva donde solo había muerte y ruptura. "Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados."

El perdón es creatividad divina. Cuando perdonamos, llevamos al otro vida nueva. Y la comunidad que nace de ese Espíritu no es una institución sin carisma ni un cuerpo sin alma: es una comunidad de personas reconciliadas, enviadas a reconciliar.

#### V. El perfil de la comunidad pascual

La primera lectura (Hch 2,42-47) ofrece un retrato de la comunidad primitiva que es, a la vez, espejo y programa. Cuatro pilares la sostienen: la enseñanza apostólica, la comunión fraterna, la fracción del pan y la oración. Alrededor de ellos crece una comunidad que es creyente —perseverante en la fe recibida—, sacramental —reunida cada domingo en torno a la Eucaristía—, fraterna y solidaria —que comparte bienes y vida—, misionera —abierto al mundo y enviada a él—, experta en dolor —capaz de sostener la fe en medio de la persecución y la prueba— y, sobre todo, alegre y esperanzada.

¿Es esto un cuadro utópico? Probablemente Lucas idealiza. Pero es el programa al que el Resucitado convoca a toda comunidad que quiera ser más que una organización eficiente.

#### VI. El domingo: el día en que el Señor se aparece

El evangelio de Juan tiene una estructura significativa: la primera aparición sucede "el primer día de la semana"; la segunda, "a los ocho días", es decir, de nuevo el primer día. El domingo no es solo un día libre ni un hábito cultural: es el día en que la comunidad del Señor se reúne en el día del Señor para celebrar la cena del Señor. Cada Eucaristía dominical es un nuevo encuentro con el

Resucitado, una nueva infusión de paz y esperanza, un nuevo envío a la misión. Ser fieles al domingo es, en cierto modo, la garantía de que la fe no se apaga ni se encierra.

## ASPECTOS NOTABLES

**1. La fe es constitutivamente comunitaria, no puede sostenerse en el aislamiento.** La figura de Tomás es la ilustración perfecta de este principio. No se trata de que la duda sea un pecado, sino de que la fe solitaria, desconectada de la comunidad que testimonia al Resucitado, está expuesta a una fragilidad que no puede resolverse desde adentro. La comunión eclesial no es un complemento de la fe personal: es su condición de posibilidad. Implicancia pastoral directa para comunidades pequeñas, grupos de jóvenes o personas en proceso de alejamiento.

**2. Las heridas no se borran: se transfiguran.** El texto desarrolla con notable hondura teológica y psicológica el valor de las llagas de Cristo. No son signos de derrota ni de vergüenza, sino de amor encarnado. Y propone un principio de altísimo valor pastoral: solo quien ha sido sanado puede sanar a otros. Este principio funda toda espiritualidad del acompañamiento y toda práctica de reconciliación auténtica.

**3. El perdón como nueva creación, no como olvido.** La conexión entre el "soplo" de Jesús sobre los discípulos y el Espíritu creador del Génesis no es retórica: afirma que el perdón es un acto de creación divina que irrumpe donde había muerte. Perdonar no es minimizar el daño ni borrarlo de la memoria, sino habitarlo de otra manera. Esta comprensión del perdón tiene implicancias pastorales profundas en contextos de conflicto, duelo o historia de violencia.

**4. Volver a Galilea como alternativa a Jerusalén: la misión frente a la institución.** El texto retoma y profundiza el contraste del 1° Domingo: volver a Jerusalén es volver a lo institucional, lo reglado, lo cómodo. Recomenzar en Galilea es asumir la misión con sus riesgos, apostar por un mundo más compasivo y solidario, aceptar el fracaso de la cruz como camino. Este criterio es especialmente útil para comunidades parroquiales o religiosas en proceso de discernimiento sobre su identidad y misión.

**5. La comunidad pascual como espejo y como desafío.** Los seis rasgos de la comunidad primitiva que propone el texto (creyente, sacramental, fraterna, misionera, experta en dolor, alegre) no son arqueología cristiana: son criterios vivos de evaluación para cualquier comunidad hoy. El texto no esconde que el retrato puede resultar utópico, pero sostiene que la utopía no es evasión, sino programa. La pregunta concreta que deja es: ¿cuál de estos rasgos falta más en nuestra comunidad?

**6. La duda como camino de purificación y de fe más madura.** El texto hace una rehabilitación pastoral de la duda que merece atención. No toda duda es patología espiritual: la que nace de la búsqueda honesta, de la humildad, del no conformarse con una fe heredada pero no apropiada, puede ser el inicio de una fe más personal y más sólida. Tomás dudó desde su soledad, pero confesó desde la comunidad. Esa es la trayectoria que el texto propone como modelo para los que hoy dicen "si no lo veo, no lo creo."

*Si el 1° Domingo giraba en torno a la Resurrección como presencia viva y urgencia de "volver a Galilea",*

*este 2° avanza hacia la dinámica interior de la fe: cómo nace, cómo se sostiene, cómo sana y cómo envía.*